

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón 2014, *Humorismo*, edición de Pedro Aullón de Haro, Madrid: Casimiro. ISBN 978-84-15715-45-0, 93 páginas

Ramón Gómez de la Serna publicó en 1930 sus conocimientos sobre el humorismo. Dividido en seis secciones, que podríamos titular como “Definiciones de Ramón”, “Ingredientes del humorismo”, “Definiciones ajenas”, “El humorismo en España”, “El humorismo internacional” y “Humorismo y arte contemporáneo”, el texto ensaya una explicación del humorismo a partir del humor mismo, sin ceñirse a encorsetamientos de género y redacción, en una suma fluida de casi greguerías, metáforas y juegos ideativo-verbales en los que la exposición misma es una investigación de los límites entre lo serio y lo humorístico, donde se mezclan obedeciendo, así, a la propia definición que Ramón da del humorismo.

Para Gómez de la Serna, el humorismo cumple al menos dos funciones inmediatas: una función de control contra la solemnidad y la credulidad, es decir, contra la rigidez y la ingenuidad tanto del botarate como del fanático; y otra función como solucionador de problemas, y esta solución siempre pasa por la resolución del problema o por el descubrimiento de que el problema no era un problema a ser resuelto, sino eliminado de raíz, poniendo en tela de juicio y disolviendo, de este modo, lo rígido y la rigidez misma de una escala de valores que también define qué es un problema y cómo ha de resolverse. Pero el humorismo es algo más: remedio y redención en cuanto restitución al origen y justificación del ser de todas las cosas, sobre todo de la vida, que se define aquí como circulación, como movimiento continuo, recordándonos lo que decía Platón en el *Crátilo* sobre la vida como el fluir que constantemente busca seguir fluyendo para ser.

El humorismo no solo controla, soluciona, redime, consuela y cohonesta, sino que también otorga “un sentido superior”. ¿Qué significa esto? ¿En qué alta posición se sitúa el humorista para poder dotar de un sentido superior a lo que es o parece ser? La respuesta de Gómez de la Serna es que “El humorista se puede decir que adivina el final del mundo y obra ya un poco de acuerdo con la incongruencia final” (92). El humorista, por lo tanto, es plenamente consciente de la condición efímera de todas las cosas, de su cierto final, y del doble carácter de todo lo existente, que aunque viva ya está

muriendo y por lo tanto participa de la muerte, de la nada, del vacío, de las apariencias.

Ramón nos revela que el humorismo vive de la mezcla, pero se diría que se empeña en ocultar sus más íntimos secretos: “No hay derecho en querer desenmascarar lo nuevo, que por lo menos tiene la supremacía de lucir una máscara sin monotonía, cuando se respetan las otras máscaras degradadas por el uso” (91). Si el arte no hace sino lucir una máscara, no por eso ha de ser atacado y condenado a quitarse la máscara, pues no hay más que máscaras, y, al fin y al cabo, el arte, siguiendo aquella “metafísica del artista” de Nietzsche, es lo que anima la vida renovando las máscaras, movilizándolo el juego de formas. La mezcla no solo es de cosas y circunstancias, sino también de perspectivas, de ahí lo inevitable del relativismo: “el humor es el sentido exacto de la relatividad de todas las cosas [...]. Él acepta que en la relatividad del mundo es posible lo contrario, aunque eso sea improbable por el razonamiento” (70). El humorismo, entonces, ha de ser una lógica que dé cuenta de lo que es y no-es al mismo tiempo, de lo que pasa y vuelve, transformado, a repetirse. Los momentos de transición son las situaciones ideales para el humorista, y su lógica no ha de ser ni la lógica discursiva ni la de un mundo encerrado en el discurso del principio de no contradicción, de límites claros e inviolables, de sentidos unívocos. Su única lección es la de la des-ilusión, la que permite decir que, en efecto, ese oasis en el desierto no es un oasis, sino que es un espejismo, pero que por eso mismo tampoco es nada, por eso el humorismo puede aclarar lo que de verdadero hay en todo juego jugado en serio, en el que uno se la juega.

Una lección sobre lo que es-y-no-es que solo puede enunciarse de manera tan provisional como el espejismo mismo. Recordando *El Rastro*, se puede afirmar que lo acabado es lo que está acabado, muerto, lo imposible que se imposibilita a sí mismo hasta para ser espejismo o ficción, y si lo que es sigue siendo, es que no es del todo, y si lo vivo no está muerto, es que se está muriendo y, por lo tanto, todo es y nada llega a ser: el ser es un ser que siempre será y que dejará de ser dejando su ser inacabado al consumir su será en ese acabamiento sin plenitud. El humorista está inmerso en la vida, en lo que es y está pasando y, por eso mismo, también está en su desaparición, en su no-ser, y su humorismo “es una anticipación, es echarlo todo en el mortero del mundo, es devolvérselo todo al cosmos un poco disociado, macerado por la paradoja, confuso, patas arriba” (50). Igual que la muerte a todo y a todos iguala al devolverlos a su origen, al origen que nunca se abandona a pesar de las apariencias, el humorismo realiza la misma función pero dejando vivo, dejando ser, recordando lo que ya se es, lo que ya está pasando. Y esto es posible si existe un fondo eterno del que surgen y al que regresan las formas. Ese fondo es el creador de formas, de seres que también no-son, de espejismos y ficciones que pueden tomarse más o

menos en serio, cuando lo único serio es el juego mismo de formas, lo lúdico y humorístico de un mundo que se pretende tan rotundo y está horadado por la nada sin la que no habría lugar para las transformaciones.

El humorista es consciente de este juego, jamás lo olvida, como tampoco olvida que el juego terminará solo para volver a comenzar, de ahí que al destruir y al crear mezclando, el humorista sea el más fiel a la realidad de fondo, ese humorismo metafísico del juego de formas que se crean y se disuelven constantemente, y a las apariencias fenoménicas. Estamos, pues, ante un universo con un fondo de confusión, sin esencias o en el que se mezclan todas las esencias en pie de igualdad, del que brota el libre juego de formas y apariencias que tienden a revolverse contra sí mismas, contra su esencia inesencial, contra su naturaleza efímera, y se empeñan, a riesgo de paralizar todo el juego que las hizo ser y que las hace ser y que hará ser nuevas formas, en hacer prevalecer el ser sobre el no-ser, una esencia sobre otra, a través de la duración, de una duración que es la auténtica patraña de la vida y que destruye, imposibilita y capitidisminuye su propia posibilidad de ser y no-ser. El humorismo ordena sin dar órdenes, pues le devuelve al desorden su rango, y vuelve a poner en su sitio el libre fluir de las máscaras: “El humorismo es lo más limpio de intenciones, de efectismos y de trucos. Lo que parece en él truco es, por el contrario, la puesta en claro de los trucos que antes se quedaban escondidos y sin delación, y que por eso eran más responsables y graves. Lo que se muestra a las claras y por delante, no engaña a nadie” (53).

Estas últimas palabras nos recuerdan a Nietzsche cuando en sus fragmentos póstumos escribía: “Los sofistas no son otra cosa sino realistas: formulan los valores y prácticas que son comunes a todos, otorgándoles el rango de valores, — tienen el coraje que tienen todos los espíritus fuertes de *saber* asumir su inmoralidad... [...] La táctica de *Grote* para defender a los sofistas es errónea: quiere convertirlos en hombres de honor y en paradigmas morales — pero su honor consistió en no practicar la impostura sirviéndose de grandes palabras y grandes virtudes...” (NIETZSCHE, F. 2008, *Fragmentos Póstumos. Volumen IV*, Madrid: Tecnos, 577-8, trad. Juan Luis Vermal y Joan B. Llinares). ¿Se podría decir que el humorismo, tal y como es definido y defendido por Gómez de la Serna, no es más que sofistería? ¿Es, por lo tanto, un abuso hablar de la “filosofía” de Ramón, de su filosofía del humorismo? Tanto Platón como Aristóteles afirmaban que uno de los rasgos que caracterizan al sofista y que lo diferencian del filósofo es que este último se toma en serio aquello de lo que trata, mientras que el sofista jamás hace esto. Por su parte, Heidegger, en su minucioso análisis del diálogo platónico *El Sofista* nos dice que el sofista trata con el no-ser, con la apariencia, con el engaño: el sofista no se toma las cosas en serio, es decir, científicamente, en función de su contenido, sino que se queda en la forma y

busca la forma más hermosa. El sofista, por lo tanto, no es un filósofo, y no se le puede culpar por no serlo siempre y cuando no intente pasar por tal. Por otra parte, el sofista es un hombre realista, que conoce que todo está preñado de no-ser, de apariencia, y que está sometido a múltiples y cambiantes perspectivas no solo que lo definen, sino que le dan entidad y le hacen “funcionar”. El sofista puede desenmascarar porque afirma llevar una máscara y porque señala la de los otros, incluidos los filósofos. Ahora bien, esta imagen del “buen sofista” siempre parte del hecho de que el sofista reconozca que es un sofista, pero cabría pensar que el sofista que reconoce que es un sofista ha dejado de ser un sofista, lo que no le convierte, por supuesto, en filósofo.

Ramón Gómez de la Serna parece cubrir con el humorismo el espacio, el abismo incluso, que media entre el sofista y el filósofo: su humor es serio; tiene en cuenta la esencia y el fondo de las cosas; es consciente del devenir, del no-ser en el que participa todo; se preocupa por el otro, tanto por su alegría como por su dolor; no finge saber y no se parapeta en el *quod nihil scitur*; su visión del mundo y su hablar sobre el mundo no son sistemáticos porque afirma que el mundo no es sistemático; desenmascara sin ocultar su máscara: no (se) engaña; y no deja de decir que para que esto sea posible el mundo ha de ser una confusión inesencial de esencias sin privilegios las unas sobre las otras. ¿Y no está entre el sofista y el filósofo el humorista que afirma que solo sabe que no sabe nada? “Sócrates fue el payaso que se *hizo tomar en serio*” (NIETZSCHE, F. 2010, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid: Alianza, trad. Andrés Sánchez Pascual, 46).

ROBERTO VIVERO RODRÍGUEZ  
*Ápeiron. Estudios de filosofía*